

desde el diván

Sólo cólera*

Adam Phillips

I

No consideraríamos nada como tragedia si no tuviéramos previamente un sentido del orden profundamente arraigado que puede ponerse en entredicho. Tanto en la vida como en el arte, la tragedia —para no mencionar las tragedias menores de la vida cotidiana: los insultos, los accidentes, los obstáculos que dan lugar a nuestros melodramas o a la irritación diaria— expone, al violarlas, nuestras suposiciones, inconscientes en su mayor parte, sobre la manera como debería ser el mundo; y cuán a menudo damos por hecho que es como debería ser (un mundo, digamos, que no contiene ya nuestra muerte en él). El enojo al perder las llaves —más allá de lo que revela sobre nuestros significados personales o nuestras divisiones internas— nos muestra que también vivimos en un mundo en el que las llaves siempre están a la mano.

En algún otro sitio existe un mundo de eficacia fluida e ininterrumpida; un mundo en el que todo funciona (los trenes siempre están a tiempo). Un mundo en el que nunca necesitamos sentir cólera o, mejor dicho, el insoportable conflicto que pretendemos abolir mediante la cólera, del cual queremos despojarnos (el psicoanalista Ernest Jones señaló alguna vez que no deseamos matar a la persona que más odiamos, sino a la persona que genera en nosotros el conflicto más intolerable). No hay cólera, por así decir, que no sea venganza; no hay furia sin la traición a un ideal, por muy inconsciente o exorbitante que éste sea. Mi irritación no solamente exhibe mi falta de control —que tanto ansia-

* Fragmento de *The Beast in the Nursery*, Faber & Faber, Londres, 1998.

ba transgredir— sino, de manera mucho más vergonzosa, mi utopismo furtivo: ese horripilante, apasionado ideal que tengo de mí y para mí mismo. En otras palabras, me siento humillado en el momento en el que no puedo ya tolerar —es decir, racionalizar— la disparidad entre quien parezco ser y quien deseo ser; cuando, en términos psicoanalíticos, la brecha entre mi yo y mi yo ideal se vuelve irrecoverable. La única persona sobre cuya pérdida nunca puedo hacer duelo es mi ser ideal. Cualquier cosa, incluso la vergonzosa excitación de la humillación, es mejor que eso.

Si la cólera es evidencia de nuestro idealismo, de la idealización que hacemos de nosotros mismos —de cuán inconsciente y frenético es nuestro sentido de la justicia— también revela, en sí misma, que nuestro potencial para la humillación es la raíz de la moralidad. Es realmente curioso cuánto nos impresiona ser denigrados, cuán vulnerables somos siempre al desdén y al ridículo (como si estuviéramos, de algún modo, siempre expuestos a nuestra propia ironía; como si, desde cierta perspectiva, todas nuestras reivindicaciones fuesen alardes). Nada confirma de manera más clara la imposibilidad de la amoralidad, nuestra inserción en un mundo moral, que nuestra capacidad para ser humillados. El hecho de que podamos sentirnos humillados revela cuán importante es para nosotros aquello que nos importa. Nuestra cólera es, de suyo, un compromiso con algo, con algo preferido. Porque, en efecto, ¿cómo sabría lo que es una buena vida quien fuese inmune a la humillación o ignorante de ella? Nuestras traiciones, nuestros travestismos, que se evidencian en la rabia —como cuando perdemos las llaves— son formas de revelación vergonzante, inoportuna.

Es como si nuestra moralidad, tal como la exhibe nuestra cólera, fuera un tipo de locura privada, una religión personal y secreta conformada por preciosos valores que sólo descubrimos, si acaso, cuando son violados. Las virtudes que podemos formular conscientemente y a las cuales tratamos de atenarnos son, podría decirse, nuestra moralidad oficial. Nuestra moralidad no oficial, más idiosincrásica, sólo nos es accesible, por así decir, a través de la humillación. Una vez que descubres quién o qué te humilla, puedes saber qué de ti mismo valoras al máximo, qué adoras. Dime lo que te encoleriza —lo que de verdad te hace sentir deshonorado—, y te diré lo que crees, lo que quieres creer acerca de ti mismo. Es decir, qué es lo que imaginas que necesitas proteger para mantener tu amor por la vida.

Si digo: mira el viento entre los árboles, todo lo que puedes ver son los árboles en movimiento. Si queremos mirar nuestra moralidad privada —con frecuencia demasiado pública—, lo único que podemos ver, escuchar, sentir, es nuestra cólera. Es de nuestros descontentos y disgustos de donde podemos inferir nuestros ideales. Freud trató de convencernos del grado hasta el cual, dado que somos guiados por el instinto —es decir, su idea de lo que implica el instinto—, también somos guiados por ideales. En la Europa moderna no fue tan difícil reconocer que la sexualidad era una poderosa fuerza en la vida de la gente (Freud no descubrió la sexualidad, sino cómo se resiste la sexualidad a la articulación); resultaba quizá más sorprendente la concepción de nuestra moralidad como una de las formas que puede asumir nuestra sexualidad. No podemos, por ejemplo, imaginar la justicia ni la perversión sexual sin la idea del castigo. En otras palabras, desde un punto de vista psicoanalítico, nuestros ideales son como objetos del deseo; son, de hecho, objetos del deseo que han sido sublimados, planteados de nuevo de manera más aceptable (tal vez suene mejor querer ser una mala persona que querer casarse con la propia madre). Es fácil ver cómo y por qué nuestros ideales respecto de nosotros mismos —ser bueno, malo, tener éxito, ser justo— pueden imponérsenos con más fuerza que otras personas. Es más difícil y más satisfactorio amar a las personas que a los ideales. Y nuestros ideales crean la ilusión de que podemos detener el tiempo, de que hay algo permanente incluso cuando no podemos satisfacerlos.

II

Así pues, la cólera es sólo para las personas comprometidas; para quienes tienen proyectos que importan (no para los indiferentes, los desinteresados, los deprimidos). Es decir, es para aquellos a quienes algo les ha salido mal pero que “saben”, en su cólera, que podría haber sido de otra manera. Sea desde el interior, a través del trabajo silencioso de un instinto de muerte putativo o desde el exterior, a través del siempre frustrante otro que nunca nos da suficiente de una u otra cosa, hay una ruptura. En su mínima expresión, nuestra imagen es la de algo interrumpido, la de una epifanía de obstáculos. Es la imagen de una criatura inevitablemente desviada de su propósito (de satisfacción, de justicia, de maestría, de “más vida”, de morir a su manera). Nuestra cólera ha-

bla de intromisión y sabotaje y traición; pero también, paradójicamente, de insistencia, de rechazo, de esperanza. Resulta, en otras palabras, inextricable de la venganza. En efecto, ¿podemos imaginar una cólera que no sea vengativa, aun cuando a menudo necesite ocultar —desplazar— su objeto?

Nuestras cóleras son teorías desarticuladas sobre la justicia; se articulan, se actúan, en venganza. Podría decirse que la venganza es el género de la cólera (“¿Qué —preguntan siempre los pacientes desde el diván— puedo hacer con mi cólera? ¿Qué se supone que debo hacer con ella?” “¿Cuál —preguntaríamos— sería la posible respuesta?”). Si la cólera nos deja indefensos, la venganza nos da algo que hacer. Organiza nuestro desarreglo. Es una manera de hacer que el mundo o la propia vida cobren sentido. La venganza convierte la ruptura en relato. Y nos muestra hasta qué punto el significado es cómplice de la posibilidad de reparar, de la creencia en que las pérdidas pueden transformarse en algo bueno (la venganza como un dolor salvajemente optimista). Puesto que la tragedia siempre amenaza con frustrar la posibilidad de actuar —y esto se cumple tanto en el caso de las tragedias menores como en el de las reales—, la venganza mantiene viva la esperanza.

La tragedia real pone en cuestión nuestra capacidad —nuestro deseo— de construir sentido; la venganza se adelanta al cuestionamiento. El vengador es la determinación encarnada. A menos que sea Hamlet, sabe que algo puede hacerse, y qué hacer. La idea de la venganza hace preguntarse a Hamlet, en efecto, si su vida vale la pena; y eso es lo que lo hace tan extraordinario. Pero el vengador promedio, una vez lastimado, sabe para qué es su vida: sabe lo que le interesa. Para él, una herida es como un regalo de significado puro, una vocación. Para el vengador, la única pregunta es cómo. Optimista terrible, cree en la justicia, tanto en su posibilidad como en su valor. Como (ahora) sabe lo que quiere, sabe qué significa su vida. Y sin embargo, es precisamente la naturaleza redentora de la venganza —su implícita convicción de que hace bien o procura la justicia— lo que podría llevarnos a preguntar sobre la humillación misma, sobre nuestra acusada propensión a la cólera. La cólera que manifiesta de inmediato nuestra vulnerabilidad extrema y afirma nuestra negativa a someternos.

Traducción: **Gloria Elena Bernal**